

Carlos Keller R.

“Las dos Españas”

(Apuntes marginales sobre el libro de Fidelino de Figueiredo)

I



HAY un problema fundamental en el mundo hispano que no afecta solamente a España, sino que interesa también a todas las naciones que heredaron su espíritu y que, de cierta manera, siguen formando parte de la hispanidad. Es la decadencia.

España llegó en el siglo XVI a un nivel en su desarrollo cultural, que no tiene parangón entre las demás naciones occidentales de la época. Marchaba en esa época indiscutiblemente a la cabeza de Europa. No vale esa afirmación solamente respecto de la situación política que logró conquistar. Rige igualmente para las ramas netamente espirituales de la cultura (religión, misticismo, arte, filosofía, etc.), e incluso para las ciencias, como logró demostrarla Marcelino Menéndez y Pelayo (en «La ciencia española»).

Pero España degeneró en el siglo XVII y no ha vuelto a levantarse.

Otras naciones europeas también han pasado por períodos de decadencia. Ninguna de ellas ha seguido una evolución rectilínea, caracterizándose la historia de todas por períodos de

auge y de declinación. El movimiento de la historia nacional presenta el aspecto de ondas.

Pero en España no ha vuelto a manifestarse un resurgimiento propiamente tal desde la decadencia del siglo XVII. Ha habido, indiscutiblemente, breves lapsos de reacción, pero ellos han sido la consecuencia de hechos esporádicos e inorgánicos, impuestos por la influencia de factores provenientes del exterior. Tal fué, por ejemplo, el caso cuando los Borbones llegaron a ocupar el trono.

La nación misma parece haber permanecido estagnada, y la división que actualmente se manifiesta en ella, no obedece a la disyuntiva «derecha o izquierda» que se presenta en las demás naciones occidentales, sino que tiene causas más profundas.

Hay aquí, digo, un problema que debe interesarnos, porque nos afecta también a nosotros.

Es por eso que el libro de Fidelino de Figueiredo, sobre «Las dos Españas» (Editorial Nascimento) no ha sido escrito solamente para lectores españoles, sino también para nosotros. Su autor pretende abordar, precisamente, el problema de fondo a que me acabo de referir.

II

Figueiredo, ensayista portugués de renombre, autor, entre muchas otras obras, de una historia de la literatura portuguesa, aborda el problema en toda su amplitud y va, de inmediato, al grano.

«En España—escribe—las «derechas» y las «izquierdas» no se limitan al concepto del Estado, a sus relaciones con los ciudadanos y a los rumbos de gobierno, a todo lo que integra el arte político; responden más rigurosamente a dos opuestas actitudes en la apreciación de la historia nacional y a dos sentidos del futuro, restaurador o creador; comprenden una filosofía de la historia española, un arte, una literatura, una ética política; son

las dos fracciones dominantes, los dos hemisferios del mapa espiritual español, que aparece así en extremo simple, pero bipartido desde que se rompió la unidad de la conciencia nacional... La historia de España pasó a ser un continuo choque de esos dos extremismos inconciliables, pero indispensables el uno al otro».

¿Cómo puede expresarse, de acuerdo con esta contundente afirmación de Figueiredo, esa polarización de la realidad hispana?

El autor contesta: «Los dos españoles más vivos, y por tanto, más presentes en la conciencia española, son : Felipe II, que, queriendo unificarla, la dividió para siempre, y Don Quijote, que, queriendo ridicularizar su gusto, la engrandeció y personificó las excelsitudes de su espíritu ante el mundo».

Esta afirmación no pretende ser una mera metáfora. Figueiredo indica la lista de libros modernos sobre el problema de España que están dedicados a don Quijote. Madariaga, por ejemplo, sostiene que de aquel personaje arranca la serie «valor—idealismo—utopía—liberalismo—izquierdas», mientras que la serie Sancho se desarrolla por el lado opuesto en «cobardía—escepticismo—realismo—sentido práctico—reacción—derechas». («Guía del lector del Quijote», p. 113).

Más interesante aún es la figura de Felipe II, «el hombre que fraguó la España del quinientismo—como dice Figueiredo—, lo bastante español para imprimirle cuños indelebles, acordes con la ideología colectiva de su hora, lo suficiente anti-español para lanzar en el seno de España el motivo de división espiritual».

La España moderna fué creada por los soberanos de la casa de Austria del siglo XVI. Hasta el día de hoy, los tradicionalistas «le piden (a Felipe II) inspiración para restablecer los antiguos prestigios de España o al menos para mantener su fisonomía típica; por eso, contra Felipe II embisten cuantos quieren adaptar a España a un nuevo sentido de vida... Alrededor de Felipe II se combate con pasión y acritud... Don Quijote es un mito unificador... Felipe II divide, porque conserva la fuerza de las pasiones y de los odios que encendió, de las voluntades que vio-

lentó, de los sentimientos nacionales que humilló, del despotismo sereno y firme con que esculpió una España que desde entonces quiere ser o no quiere ser como él la hizo, pero que se debate siempre entre sus férreos dedos. Felipe es aún el mayor problema de España».

La disyuntiva que se nos presenta al respecto la concretiza Figueiredo en algunas formulaciones brillantes, pero tal vez un tanto liberalistas.

«¿Quiere España conquistar la libertad de conciencia? Tiene que destruir toda la obra de política religiosa de Felipe II—sostiene.— ¿Quiere España destruir las últimas supervivencias de la leyenda de una España negra, patria elegida del despotismo y del fanatismo, de la ignorancia, de la injusticia, para recibir sin reservas las simpatías del mundo? No tiene más que corregir la interpretación corriente... de la poderosa personalidad del rey o repudiarla del todo para siempre... ¿Quiere España fundamentar en la colonización americana, más que en las viejas intrigas europeas, su función histórica y aspirar a ser una potencia espiritual entre los países hispano-americanos? No tiene más que desolidarizarse de Felipe II, bastante olvidadizo de América; atribuir la obra de América al pueblo y abandonar la concepción filipina para abrir nuevos senderos que conduzcan a un sistema de ideales nuevos».

Pero reconoce en todo caso, ampliamente la existencia del problema, sin pronunciarse afirmativa o negativamente sobre él, antes de una mayor profundización.

Figueiredo plantea una serie de problemas filipinos:

I. «¿De veras fué impopular y antinacional la obra de Felipe II, o estuvo de acuerdo con el sentir general de los tiempos?»

II. «Incluso en el siglo XVI..., ¿sería posible realizar tal obra y perduraría sin una fuerte base de opinión pública?»

III. «¿Fué esa obra una modelación definitiva..., o constituye un caso de falsa cristalización o pseudomórfosis?»

IV. «Felipe II, tan vivo como don Quijote, ¿no será tan

representativo como él? Si el Quijotismo, en su contrapartida de sanchismo, expresa la constitucional desincretización de la mente española, Felipe representaría uno de los términos o polos de la constante alternativa de contrastes del carácter peninsular, duelo de extremismos sin atenuantes amortiguadores, sin modalidades intermedias».

V. «Y la supervivencia de las varias nacionalidades incorporadas por Castilla . . . , ¿será suficientemente fuerte para oponer al anticuado tipo de uniformidad petrificada, la riqueza de una variedad emuladora, dentro de una concordancia nacional, en cuanto a los altos fines de una nueva España?»

III

Después de esta exposición general, Figueiredo se dedica a demostrar en detalle su tesis.

En primer lugar, se refiere a la «filipización» de España.

Se le nota a nuestro autor portugués su procedencia liberal. Pero no importa. Aún dentro de sus limitaciones, pretende ser lo más objetivo posible. Reconoce que las normas esenciales de gobierno de Felipe II eran: «Actitudes de vigilancia y cautela; buena selección de ministros; preferencia por la gente modesta . . . ; entretener a la nobleza con honores estériles y lisonjeadores de su vanidad; y procurar ser justo». «Dominaba la concepción del poder del rey como mandato social condicionado. El rey tendría que subordinarse al interés general, existía para el reino». «Sus poderes eran limitados, y él mismo estaba sujeto a las leyes que promulgaba».

Y más adelante: «La escuela jurídica española (del tiempo de Felipe II) constituyó toda una filosofía de la autoridad, pero condicionándola, porque produjo también una de las más cerradas argumentaciones o barreras doctrinarias contra el cesarismo».

Esta frase parece circunscribir no sólo la doctrina filipina, sino que toda la filosofía moderna de la política.

La finalidad del régimen de Felipe II consistió en establecer la unidad religiosa y política del imperio hispano. La inquisición se encargó de realizar la unidad religiosa, la monarquía absoluta pretendió dar unidad política a la nación. El autoritarismo español no fué de carácter personal, como más tarde el de Luis XIV, sino que constituye un régimen despersonalizado y sometido a normas jurídicas rígidas. Felipe II estableció un régimen similar al de Portales y Manuel Montt.

No estima Figueiredo que hubo de parte de los monarcas de la Casa de Austria una represión de la inteligencia, como se ha pretendido frecuentemente por sus detractores.

Desde luego, la constelación misma de la época favoreció enormemente el desarrollo de las fuerzas militares. España necesitaba ejércitos y armadas, y creó las mejores del mundo en aquel tiempo. Una parte considerable de los talentos fué captada de esta manera por la milicia.

Por otro lado, dice Figueiredo, «a una cierta incapacidad institucional de la raza y del medio, que estimulaban más la creación que la crítica, se debe atribuir la flojedad de la parte española en la ciencia moderna, no a la política de asfixia de los Austrias».

«La actividad científica española—con todo—en el siglo XVI impresiona». España «supo aliar a una política de disciplina anti-individualista y uniformadora, una floración de personalidades bien típicas del Renacimiento». Y cita al respecto una sorprendente lista de progreso científico debidos a España y de instituciones científicas creadas por los monarcas. Cuando falleció Felipe II funcionaban treinta y dos universidades en España.

Sin embargo, Figueiredo estima que a pesar de todo «no hay en esta vida cultural la trabazón orgánica y la continuidad de un desenvolvimiento espontáneo y libre». Además, constata el

hecho de que en el siglo XVII se produce un «enrarecimiento de la atmósfera científica».

Explica Figueiredo este fenómeno alegando que la cultura científica y la técnica creadas por los Austrias obedecían a un fin netamente práctico y utilitarista: aquel de incrementar el poder del imperio y de poner a su disposición los medios para conseguirlo.

Es ésta indiscutiblemente una verdad, pero ella no alcanza a explicar todo el fenómeno.

Con justa razón, Figueiredo constata que precisamente en ese mismo siglo XVII en que observa el enrarecimiento de la cultura científica, la bella literatura y las artes llegan a la cúspide de su florecimiento. Ahora, es innegable que esas dos ramas de la cultura humana no perseguían ningún fin utilitarista. ¿Por qué, entonces, hubo bella literatura y artes y no hubo ciencia?

Figueiredo no profundiza suficientemente el problema. Cabría analizar aquí la génesis del espíritu hispano, que explica suficientemente el hecho. España surgió en la lucha con el mundo árabe, que había penetrado hasta su corazón mismo. La reconquista no constituye un mero proceso militar-político, sino que tiene su paralelo espiritual: la cristianización y occidentalización de España. La vida espiritual de la nación fué polarizada por esta disyuntiva, y así la tendencia del espíritu español fué dirigida cada vez más hacia lo católico, lo cristiano, cuyo contenido fué adquirido por una conquista espiritual sucesiva que demandaba la concentración de todas las fuerzas espirituales de la nación en torno de este problema. Este desarrollo culminó con el misticismo, cuyos exponentes son quizás más numerosos aún que los dedicados a la bella literatura, precisamente en los siglos XVI y XVII. (Véase sobre el particular la obra de Pfandl sobre «La literatura española en su época de oro».

Ocurrió así que, debido a la constelación especialísima de la historia española, la historia de su espíritu siguió rumbos distintos a los demás pueblos occidentales. Para éstos—y para toda

la historia contemporánea—los siglos XVI y XVII fueron de significado trascendental. En ellos se produjo la separación entre la filosofía y la teología, y la razón comenzó a actuar por su cuenta, creando las bases de las ciencias naturales. Este proceso decisivo no ocurrió en España. Al científico moderno, España le oponía el místico. Y cuando más tarde se vió en la necesidad de ocuparse también de las ciencias, para no quedar totalmente rezagada, ya no se trataba de una creación, sino de una adaptación e imitación: la ciencia se importaba desde afuera. Con todo lo que hayamos progresado en este sentido en los últimos siglos, tanto España como todas las naciones de espíritu hispano han quedado rezagadas en materia científica hasta el día de hoy, y la ciencia moderna sigue considerándose en el fondo como un injerto extraño y contrapuesto a la misma esencia del espíritu hispano.

Por supuesto, esto no se debe ni a Felipe II, ni a la inquisición, ni a poder terrenal alguno, pues tan bien como el pueblo español pudo dedicarse al misticismo, a la bella literatura y a las artes, pudo deleitarse también con las creaciones científicas, siempre que éstas hubieran calzado con la idiosincrasia de su espíritu.

IV

Los Austrias crearon en España el primer tipo de una gran potencia moderna. Ella llegó a extenderse sobre todo el globo terrestre y penetró hasta el centro de Europa.

En el siglo XVII, la nación se encontraba en casi permanente guerra con las demás potencias que habían surgido con posterioridad y que estaban empeñadas en crecer a expensas de España.

La guerra no se hacía solamente con armas materiales: también las espirituales eran utilizadas para justificar su necesidad y conveniencias.

Fué entonces cuando surgió la leyenda de la España negra, o sea, la propaganda de que España era un país detestable, de-

pravado en sus costumbres, degenerado en sus clases dirigentes, fanáticos en su religión, explotador en sus colonias.

Figueiredo describe detalladamente las partes integrantes de esta leyenda.

Su parte principal es la guerra de los Países Bajos, la tentativa de Felipe II de españolizar a los flamencos. Se le agrega aquí el elemento de la guerra religiosa: su lucha contra el protestantismo... El Duque de Alba, por una parte, Guillermo de Orange, por otra, son las dos figuras centrales. La «Apología» de Guillermo, un panfleto contra Felipe II, publicado en 1580, fué la principal obra literaria que resumía la situación creada. Ella fué utilizada como propaganda anti-española.

En seguida, la obra de Bartolomé de Las Casas, escrita en 1542, sobre «La destrucción de las Indias». Por supuesto, el padre dominico y obispo de Chiapas, no escribió este libro para denigrar a España. El hecho mismo de haber sido publicado en Sevilla, en 1552, prueba lo contrario. Las Casas acusó al conquistador porque sabía que el monarca defendía al indio. Pero los enemigos de España utilizaron esta obra para hacer propaganda contra los métodos de colonización utilizados por España y como una justificación de su interés en arrebatarle sus colonias.

En seguida, la inquisición. Hasta el día de hoy sigue siendo esta institución un argumento indispensable de todos los librepensadores del mundo. Y, sin embargo, su finalidad no fué otra que la de depurar a España de los injertos arábigos y judaicos, para conseguir la unidad espiritual indispensable de la nación. Más tarde impidió que el protestantismo penetrara en España, pero para evitarlo no tuvo que hacer esfuerzo alguno. «¿Era la inquisición española más odiosa que la de otros países?»—pregunta Figueiredo, y contesta: «Difiere de ellas en que su procedimiento era más blando que el de la justicia secular. Y se fué siempre amortiguando el proceso secreto e inquisitivo... Las persecuciones de los protestantes contra los católicos, aún las de forma legal, superaron a las violencias de la inquisición». La

obra que sirvió de texto de propaganda anti-español fué la que publicara en 1567 Reinaldo González Montana, fraile de Sevilla refugiado en Heidelberg, bajo el título: «Sanctae Inquisitionis Hispanicae Artes».

Finalmente, hay que agregar un cuarto libro: las «Relaciones de su Vida», del antiguo secretario y confidente de Felipe II, Antonio Pérez, publicado en Londres en 1594. Fué la obra que permitió atacar directamente al rey y su obra.

He ahí las principales obras en que se basa la leyenda de la España negra.

«Hay dos Felipe—anota Figueiredo—: el de la historia viva, apasionante e interesada, hecha por sus adversarios en su mismo tiempo; y el de la historia muerta, científica e inútil, de los profesionales de la historiografía, que sondean en los hechos siglos de distancia... El verdadero Felipe II estructuró España en moldes aún no destruidos; el falso Felipe II personificó la España negra y visionaria de los viajeros y observadores de los siglos XVII y XVIII».

En el siglo XVII, los usufructuarios de la leyenda negra vencen a la España de los Austrias.

Hay en este desenlace dos partes constitutivas: la derrota material propiamente tal y la decadencia espiritual. España no sólo deja de ser la primera potencia europea, sino que deja de producir también las obras culturales que caracterizaron su época de grandeza. Con la muerte de Calderón y Velásquez, la esterilidad espiritual es manifiesta.

La decadencia ya es patente en tiempos de Felipe III. Hay también plena conciencia del hecho en el gobierno. Son numerosos los autores contemporáneos que se refieren al problema. Pedro Sáinz y Rodríguez («La evolución de las ideas sobre la decadencia española») resume sus juicios de la siguiente manera: «Las ideas dominantes en todos estos autores consisten en atribuir la decadencia nacional a la ociosidad, al crecimiento de los

tributos y desigualdad de las cargas, al descuido de la agricultura, al desprecio al trabajo manual que trajo consigo la decadencia de nuestras industrias, a la mala organización de la ganadería, al error de pensar que la grandeza consiste en la posesión exclusiva de oro y plata y no en la abundancia de cosas necesarias para la vida.

Quevedo, a su vez, destaca el proceso de descomposición política, por falta de pureza en el gobierno y el mal ejemplo de ministros corrompidos sobre toda la nación. (Véase mi trabajo sobre «Don Francisco de Quevedo, político», en «Acción Chilena», Vol. IV N.º 3 y Vol. V, N.º 1.

Llegan finalmente al poder los Borbones, y se inicia un proceso de adaptación de España al molde francés. La monarquía absoluta despersonalizada de Felipe II se vuelve personalista. Se robustece el poder central, derogándose los últimos fueros que quedaban. Las reformas administrativas son de inspiración francesa. Se consiguen manifiestos progresos materiales.

Pero hasta el día de hoy queda en pie el problema planteado con la decadencia de España en el siglo XVII. La nación no ha logrado hasta este momento restablecer su equilibrio. Los dos campos en que la guerra civil ha separado actualmente a España no es, en el fondo, nada más que una manifestación violenta de «una disputa de dos siglos», para emplear los términos de nuestro autor.

«Hasta Felipe II—escribe Figueiredo—la marcha de las corrientes de ideología política y religiosa convergen, encuéntranse un momento en su reinado, y luego se separan, divergiendo siempre como lados de ángulos verticalmente opuestos... Para el futuro no hubo más programa que la restauración del pasado o su inhumación indignada bajo una estructura política y mental importada de allende los Pirineos,—ambas cosas igualmente imposibles».

La discusión sobre este tema, que se refiere a la esencia misma de España, comprende la parte principal del libro de

Figueiredo. Ella se inicia con la obra del padre Benito Feijóo (1676-1764), cuyo «Teatro Crítico Universal», las «Cartas Eruditas y Curiosas» y otras obras inician la polémica.

Feijóo se propone «trabajar críticamente a la luz de la razón libre y experimental y de la ciencia creada fuera de España. Es el primer afrancesado entre los grandes escritores españoles».

Poco después estalló una primera tempestad literario-política en España. Fué eso con motivo de la publicación de la «Encyclopédie Méthodique» ideada por d'Alambert, en cuyo 71.º volumen se incluyó un trabajo de Masson de Morvilliers sobre España (1782), muy leído en ese país. Es una verdadera síntesis de la leyenda negra sobre España, nación a que no se reconoce mérito alguno para el progreso occidental.

El padre A. J. Cavanilles (1774-1804) publicó una réplica a Masson, que fué una apología de la civilización española. Otro padre, de nacionalidad italiana, Carlos Giovanni María Denina, huésped de Federico el Grande de Prusia, hizo otro tanto. Floridablanca, Ministro de Carlos III, encargó finalmente a Pablo Forner (1754-97) la publicación de una defensa que satisficiera a la opinión pública española. Se intitula «Oración apologética por la España y su mérito literario» (1786). La obra ataca violentamente el racionalismo y cientifismo del siglo XVIII. «Para mí—escribe Forner—, entre el Quijote de Cervantes y el Método de Descartes o el Optimismo de Leibnitz, no hay más diferencia que la de reconocer en la novela del español un mérito infinitamente mayor que el de las fábulas filosóficas del francés y del alemán». Dice Figueiredo que en el opúsculo de Forner hay cuatro elementos característicos para la discusión posterior del mismo tema, a saber:

«1.º El predominio de lo económico y lo útil sobre lo político y lo jurídico, esto es, la justificación de la tiranía por la obra material realizada;

«2.º El desdén de la alta cultura, cuyos materiales beneficios no se entrevén inmediatamente;

«3.º La burocratización de la ciencia, como bien público, que el Estado providente debe administrar; y

«4.º La manía persecutoria o el convencimiento de una conspiración universal contra España».

Siguen las guerras napoleónicas. La nobleza española se pone al servicio del intruso, el pueblo lo derrota. Las Cortes de Cádiz fulminan penas severísimas contra los afrancesados.

«En este período—relata Figueiredo—, el hemisferio desfilipizante tuvo un hombre que dió una lección inmortal de serenidad crítica», Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1810). Participa Jovellanos en la organización contra Napoleón. Sin embargo, «es el primer doctrinario moderno de España que se aplica a reflexionar sobre su decadencia... Monárquico y católico, es también liberal y profundamente anticlerical. Pero era adverso a la revolución como método...; todo lo fiaba del régimen jurídico, de la educación, de la cultura intelectual y del mejoramiento del individuo».

El problema planteado proyecta luces sobre toda la historia del siglo XIX. «Después de Fernando VII—afirma Figueiredo—pasa de la palabra a la lucha armada y va a producir, en todo el siglo XIX, guerras civiles, golpes de Estado, pronunciamientos y dictaduras, mudanzas de régimen, un largo calvario de adaptación de las instituciones liberales, de tentativas de restablecimiento de la filipización, de ensayos conciliadores y corruptores en Cánovas. Desde la platónica Constitución de Cádiz, nunca aplicada, la historia española es la alternativa constante de aquel barco impulsado a la sirga por fuerzas divergentes; va de tumbo en tumbo, de la derecha a la izquierda, de la izquierda a la derecha. Si comprendemos en esta realidad, un poco simplista, de los dos hemisferios espirituales, aquellos matices intermedios, llegaremos a la fórmula de la moderna historia política de España: alternación de predominio de los hemisferios contrarios». Y una afirmación de sorprendente actualidad (la obra de Fi-

gueiredo fué escrita en 1931, o sea, muchos años antes de la actual 'revolución):

«Con el reinado de Alfonso XIII, personalmente inclinado a la reflipización, y con el surgir de los problemas económicos y sociales, típicos de la época moderna, los jefes militares, obediendo al mandato del hemisferio derechista, propenden para la solución de estos problemas por el método simplista de negarlos, oponiendo a la reclamación la fuerza».

Por supuesto, la lucha doctrinaria encontró su reflejo en la literatura. Durante la primera mitad del siglo XIX, la ventaja está del lado de la tradición, representada por tres nombres de altura: Balmes, Quadrado y Donoso Cortés.

Jaime Balmes (1810-48) es un caso de prodigiosa actividad. Su curiosidad es universal, pues se ocupa de las matemáticas, la metafísica, la teología, la historia y la política. Tiene un inmenso afán de comprender al hombre español. Pretende restaurar en la sociedad el viejo ideal católico y monárquico. Hay en su obra (que comprende 33 volúmenes) verdades de tanta actualidad como esta: «Recorred la historia, y encontraréis escrita por doquiera con letras de sangre esta importante verdad: ¡Ay de los pueblos gobernados por un poder que ha de pensar en la conservación propia!».

José María Quadrado (1819-96) y Donoso Cortés (1809-53) son igualmente caracterizados representantes de la tendencia filipizante.

«En la segunda mitad del siglo XIX—anota Figueiredo—la división hácese más profunda, porque de ambos lados se produce un enriquecimiento».

El principal representante de la tendencia tradicionalista es Marcelino Menéndez y Pelayo, (1856-1912), «cuya obra es una rehabilitación del pasado cultural de España». «Es el redescubrimiento y la revalorización crítica de toda la cultura intelectual creada por el pasado». «Pero el tono historicista de esta gran obra había de conducir a falacias en cuanto a la política

presente . . . Su obra es esencialmente española. Pero los hombres de uno y otro hemisferio sólo veían la media España que acertaba con sus gustos y prejuicios, y extrajeron conclusiones opuestas: las derechas, como Narciso, se enamoraron más de su propia imagen, esto es, del pasado glorioso, y vieron en esa obra la más triunfal refutación de la España negra; las izquierdas aceptaron la rehabilitación del pasado cultural, pero, descontentos, atribuyeron aquella cultura a un pasado para siempre muerto».

Hubo dos momentos en la vida de Menéndez y Pelayo en que los dos hemisferios se encontraron con toda violencia: la polémica de 1876-88 sobre el valor de la ciencia española y el ataque de 1881 contra el krausismo.

Menéndez y Pelayo reveló con motivo de la primera de estas polémicas, que España había tenido una amplia producción científica durante el siglo XVI. Pero quedó de manifiesto al mismo tiempo que fué necesario desenterrar aquellas «momias» para poder probar el hecho, pues su recuerdo había desaparecido en las sombras de la historia. No se trataba de una ciencia «viva» y orgánicamente enlazada con la evolución del espíritu nacional.

El krausismo es un caso típico para conocer la pobreza de recursos propios de la España moderna. Su nombre se deriva de un profesor de Heidelberg, Krause, divulgador de la filosofía monista idealista, de un racionalismo armónico, un panteísmo atenuado que en todos los seres veía esencia divina. (Krause fué profesor de Sanz del Río, quién divulgó sus doctrinas en la Universidad de Madrid desde 1854). La escuela krausista encontró numerosos adeptos, entre quienes Francisco Giner de los Ríos se caracterizó por sus dotes de gran pedagogo moderno y Joaquín Costa por su afán de restaurar la España medieval, pero «europeizando» a España.

En torno del krausismo se discutió con apasionamiento. Menéndez y Pelayo intervino en polémica con la tesis: «El

genio español es eminentemente católico; la heterodoxia es entre nosotros accidente y ráfaga pasajera».

Sigue en el libro de Figueiredo un capítulo intitulado «Dos intérpretes de la esfinge», que está dedicado a la obra de Unamuno y Ganivet.

El krausismo había pretendido «europeizar» a España, liberar a la nación de la tradición filipina y conducirla por un camino que la elevara al nivel de los demás pueblos europeos.

Pero vino el año de 1898, considerado como el de la mayor crisis de la España moderna. Fué el año de la humillación por los Estados Unidos. España perdió su posición de potencia colonial.

Y con motivo de este acontecimiento recrudesció la discusión del eterno problema español. Se dedicaron los «hombres del 98», en especial, a «buscar lo que hay de peculiar e indestructible en el espíritu español, que pueda explicar lo pasado y servir de base a una nueva y más sólida construcción».

Miguel de Unamuno, dice Figueiredo, es «glorioso heterodoxo, anarquista apostólico romano, místico sin fe». «Unamuno hace derivar el tipo humano del casticismo español del paisaje duro de la meseta, sin árboles, de luz cegadora, de temperaturas extremadas, espacios infinitos... Este tipo castizo se disocia en el más soñador y formalista de los idealismos y en el más seco y tosco realismo: Quijote y Sancho... Quien quisiere tener la representación artística de este tipo de español castizo la encontrará en el teatro de Calderón de la Barca... Esta disociación conduce al libre albedrío y al fatalismo, al particularismo y al compadrazgo, a la inmovilidad del espíritu, a las odiosas nimiedades, al horror al trabajo, a la hidalguía, al hábito del saqueo, al pundonor mórbido, a la caridad que convierte en elemento indispensable de la vida social la mendicidad». «La conciencia política se reduce al sentimiento de lealtad al caudillo y de igualdad entre los compañeros, y tiene como fin predominante la unidad: un monarca, un imperio, una religión, y una espada que

sirva a la crueldad y a la intolerancia,—la hija de la pobreza de crítica y de ideas».

Y luego:

«¿Cuál es el camino de la salvación? El retorno al pueblo desconocido, sumido en la intrahistoria, y a quien se despertaría con vientos de origen transpirenaico». Sin embargo, «Unamuno caía en una contradicción: europeizar al pueblo replegado en la intra historia, es desespañolizarlo, es destruir el mismo casticismo, por él tan laboriosamente perseguido».

La misma inquietud sobre el futuro se manifiesta en Angel Ganivet (1865-98), cuyo «Idearium Español» tuvo gran repercusión en la opinión pública. Es un mensaje enviado desde Helsingfors a la dormida patria, una obra que revela profunda preocupación, tan profunda que al año siguiente su autor se arroja al Dwina en Riga, para no volver más.

«Ganivet—dice Figueiredo—descubre en el carácter español una mezcla de experiencia cansada y de ingenuidad virginal y un fondo de constancia en los sentimientos y de superioridad en el dolor... La posición política de los españoles estaban determinada por su «espíritu territorial». España se comportaba siempre como un pueblo «peninsular». Y a tal propósito Ganivet exponía una filosofía geográfica de la historia... El sentimiento dominante en los pueblos continentales era el de resistencia, y Francia representaba la típica civilización continental; el sentimiento característico de los pueblos peninsulares era la independencia, y España era la típica civilización peninsular; el sentimiento tipo de los pueblos insulares era la agresión, e Inglaterra representa la civilización insular».

«Ganivet formula muy valientemente la conclusión de que ella debía recogerse en sí misma. Ni en la Europa del Norte, ni en el Mediterráneo, ni en Africa, ni en el Portugal, ni en América debía buscar pretextos para nuevas quijotadas». «Hay que cerrar con cerrojos, llaves y candados—dice Ganivet—todas

las puertas por donde el espíritu español se escapó de España para derramarse por los cuatro puntos del horizonte».

España debe concentrarse, pues, a su propio espíritu y solucionar sus problemas con su propio genio. El mal de España es la abulia, la indiferencia por los grandes y nobles estímulos y su pasivo abandono a toda percusión externa. «El individualismo indisciplinado—escribe Ganivet—que hoy nos debilita y nos impide levantar la cabeza, ha de ser algún día individualismo interno y creador, y ha de conducirnos a nuestro gran triunfo ideal. Tenemos lo principal, el tipo; nos falta sólo decidarnos a que ponga manos en la obra».

VII

Unamuno y Ganivet crean toda una escuela de ensayistas que se siguen preocupando del mismo problema. Ramiro de Maeztu, Martínez Ruiz (Azorín), José Ortega y Gasset, Eugenio d'Ors, Grandmontagne, Luis Araquistain, Ramón Pérez de Ayala, Salvador Madariaga: he ahí algunos nombres importantes.

Figueiredo se ocupa especialmente de la obra de Ortega y Gasset intitulada «España invertebrada». La encuentra un defecto esencial: «El tradicionalismo, aún el más sólido—escribe—, queda falseado en el momento en que se convierte en filosofía política de la inmovilidad; el ensayismo se adultera en el momento en que de crítica política del presente pasa a hacer filosofía de la historia».

Reconoce en la obra el arte de exponer. Pero: «La España invertebrada es un alegato elocuente en favor del aristocrático espíritu de selección: España no tiene hombres, ni cree en ellos, y nunca tuvo aristocracia conductora. Esto es la extensión a toda la historia española y la transformación en filosofía, del descontento de un intelectual de hoy inadaptado a su ambiente».

Interpretando la historia más reciente, dice Figueiredo que el «consulado» de Primo de Rivera fué una tentativa de reflipización que casi logró realizarse. Casi se llegó a canonizar a Felipe II en aquellos años.

«Unir las dos Españas en una España nueva—dice—será la solución plena del problema, igual que en los viejos dramas, cuando los personajes se reconocen y reconcilian. Pero, ¿cómo? En hipótesis, formulando un sistema de ideales unificadores, un compromiso de acción, cuyo dinamismo propulsor haga converger en una misma finalidad las dos mitades del alma española, guardando y alimentando esa nueva ideología como los cotiledones guardan y alimentan el embrión creador».

Si ello no se consigue, «gobernará una semi-España contra otra semi-España; será esencialmente polémica, negativa y punitiva la actuación de cada hemisferio en la hora alterna de su triunfo, anti-derechista o anti-izquierdista. Ninguna de las dos Españas puede tener la veleidad de destruir la otra, porque el molde filipino están adheridos buena parte de los tipismos más fuertes de la masa, y el anhelo desflipizante está de acuerdo con la tendencia de hoy. Esa destrucción, conseguida por la violencia, sería la repetición del método filipino, tan nacional que lo emplean los mismos que lo combaten, cediendo a la mecánica de las pasiones».

Estas palabras, escritas en 1931, me parecen constituir la mejor recomendación del libro de Figueiredo, obra de profunda meditación y de gran conocimiento del problema estudiado, escrita con suma elegancia y de proyecciones que llegan directamente hasta nosotros.